

Dentro de los últimos años he tomado el hábito guardar las tarjetas más reciente de cumpleaños y de Navidad que me ha enviado mi madre. Estas tarjetas son especiales por dos razones. En primer lugar, mi madre toma un especial cuidado en seleccionar las tarjetas con el mensaje que ella desea expresar. En segundo lugar, y lo más importante, siempre agrega algunas palabras escritas a mano junto al texto preimpreso. Al tomar la tarjeta en mis manos, al leer el mensaje escrito en ella, y sobre todo al ver y releer las palabras escritas del puño de mi madre, son una fuente de consuelo y signo de su amor duradero.

La historia del bautizo de Jesús, en el Evangelio de hoy de San Lucas, contiene no solo el acto físico del bautismo hecho por Juan, sino también el testimonio de Juan, que ahora debe de retroceder a un segundo plano para dar paso a Jesús, cuyo camino él fue enviado a preparar. El relato concluye con el sello de Dios el Padre, identificando a Jesús como su Hijo, seguido por la confirmación de Jesús cuando el Espíritu Santo desciende sobre él en forma corporal como una paloma (el símbolo de nobleza, docilidad), acompañada con la "personalización" del Padre cuando pronuncia las palabras: "Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco."

Del mismo modo que las tarjetas de cumpleaños o Navidad que he recibido y guardado como un atesorado mensaje y memoria de mi madre, la experiencia de Jesús en su bautismo en su naturaleza humana, fue una experiencia que él, también atesoró y recordó al salir de allí, desde el río Jordán, para cumplir la misión que el Padre le había dado a él.

El ser llamado hijo o hija va más allá que una declaración sobre su relación biológica. Implica una comunión de vida. Un niño es un "sacramento" viviente de la vida y el amor entregado por sus padres. Ahora, por extensión, los padres son vistos y conocidos a través de su hijo. El término "Hijo" que se aplica a Jesús puede ser traducido también como "siervo". Hoy Jesús es revelado como "Siervo-Hijo" de Dios. Como "Siervo-Hijo" su misión, como fue dicho en la

primera Lectura de Isaías, es consolar (Is 40:1), hablar "al corazón", proclamar "que ya ha satisfecho por sus iniquidades" (Is 40:2) y, como un pastor, llevar "a pastar a su rebaño", y curar "a los heridos" (Is 40:11)—para llevar el amor salvador de Dios en el mundo. Semana tras semana, temporada tras temporada, fiesta tras fiestas, en la Liturgia, continuamos palpar, y ser conmovidos e interiorizar el amor de Dios que se nos ha dado en Jesús.

La mayoría de nosotros no tiene una memoria personal de nuestro propio bautismo ya que la mayoría de nosotros hemos sido bautizados cuando éramos unos días (como fue mi caso) o unas semanas o meses de edad. Ya sea, si fuimos bautizados como bebés, niños mayores o adultos, nuestro bautismo, como la de Jesús es ambas nuestra afirmación por Dios de ser sus queridos hijos en su Hijo como tan bien nuestra experiencia del Espíritu Santo descendiendo y llenándonos con vida divina, la cual llamamos gracia santificante. Al igual que el bautismo de Jesús, nuestro bautismo, que es personal, no fue una "revelación privada,"no una gracia privada. Como Jesús, también nosotros, ahora en él, como queridos hijos e hijas de Dios somos enviados para continuar la labor iniciada por Jesús. ¿A qué es nos está llamando nuestro bautismo a cada uno de nosotros? ¿Cuáles son nuestras expectativas? Aún más, ¿Qué espera Dios?

Estas son preguntas que no tienen respuestas simples. En cierto sentido, podemos empezar a responderlas con la advertencia de San Pablo, en la segunda Lectura, de que debemos rechazar todo lo que nos lleva lejos de Dios y abrazar cualquier cosa que nos va a fortalecer nuestra relación con Dios y entre nosotros. El bautismo y vivir su llamado es una vocación de por vida, de volverse una y otra vez hacia Dios. Especialmente cuando somos enfrentados con situaciones en las que tenemos que elegir a seguir a Cristo, como lo hemos aprendido de él a través de las Escrituras, los sacramentos, y la enseñanza de la Iglesia; o seguir las tentaciones o valores del mundo, necesitamos recordar que podemos invocar la ayuda del mismo Espíritu Santo que mora en Jesús también mora en nosotros y nos dará la fuerza para afrontar nuestra cruz, en la misma

forma como Cristo colocó su confianza en el poder de Dios para traer vida de la muerte.

Poniendo a su fin esta temporada de celebración Litúrgica de Navidad, los invito a todos de nuevo a que tomen una mirada profunda a la persona que ven en el espejo, siendo el espejo esa "tarjeta postal personal" que fue enviada a cada uno de nosotros por Dios, para leer "su mensaje", contemple la "personalización" de la imagen de nosotros, que vemos reflejada de vuelta a nosotros y que significa que cada uno de nosotros es un hijo o una hija querida de Dios, y entonces debemos continuar la misión de Jesús en el día de hoy.

Padre Jim Secora